

# Documentos

## DISCURSO DEL PRESIDENTE CARLOS ANDRÉS PÉREZ PRONUNCIADO EL 8 DE MAYO DE 1976, CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DEL "SEMINARIO AMÉRICA LATINA, CONCIENCIA Y NACIÓN", ORGANIZADO EN CARACAS POR EL INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS DE AMÉRICA LATINA DE LA UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR

Saludo en nombre de Venezuela a esta ilustre representación de la inteligencia latinoamericana.

Nos complace verlos congregados en el seno de una Universidad enaltecida con el nombre de Simón Bolívar, para dialogar en el marco de la libre expresión de las ideas que nuestra Nación ofrece. Esperamos optimistas el fruto de la reflexión creadora que aquí se hará en estos días, sobre nuestro presente y porvenir comunes. Porque estoy seguro de que este Seminario no se reducirá a repetir ideas generales, conceptos vagos y menos aún distorsionadas expresiones sobre una América Latina que buscaría en el calco y la copia de otras culturas y sociedades, satisfacción de complejos de inferioridad que la enferman y mediatizan.

América Latina no puede seguir padeciendo la fatiga de los modelos, ni seguir siendo el objeto de una mitología que ha deformado su imagen histórica y ha dado lugar a falsos y pesimistas conceptos sobre el hombre latinoamericano y su destino. La interpretación de América Latina requiere en este momento, más que nunca, originalidad. Los esquemas extranjeros o extranjerizantes o enfoques parciales reducen la perspectiva a moldes rígidos o dogmáticos que impiden la claridad para comprender las contradictorias circunstancias históricas del desarrollo y la personalidad latinoamericanas.

El dogmatismo de los ideólogos comprometidos no contribuye a la búsqueda profunda de la originalidad latinoamericana.

Somos un Continente en busca de nuestra verdadera autenticidad. Y esta identidad de nuestra América Latina debe partir de la idea de que somos una Nación continental, lo que suelo llamar la Gran Patria Latinoamericana.

Si América Latina se entiende a sí misma como Nación, en el sentido histórico y cultural, reafirma también su conciencia política internacional, porque robustece su presencia hacia fuera al aceptar la influencia y la importancia de la comunidad de pueblos latinoamericanos en el equilibrio político mundial.

Lo que distingue y hace propio y específico al hombre latinoamericano es su tendencia original hacia la síntesis, presente en nuestro mestizaje, que es una

forma de universalidad. Y ese es un rasgo predominante en la conciencia del hombre latinoamericano.

América Latina es nacionalista, como medio de identidad y de fuerza cohesiva interior; y al mismo tiempo es universal como conciencia plena de una posición y de su participación en el mundo.

Demasiado tiempo hemos perdido en tanteos solitarios e inconexos, y en el enunciado de buenos propósitos que no han podido superar una cierta y generalizada timidez, muchos lugares comunes y expresiones que se refugian en citas históricas para evadir definiciones y responsabilidades del presente y con el futuro de la comunidad latinoamericana.

En Lima, conmemorando el Sesquicentenario de Ayacucho, propuse la elaboración de un texto único de historia para los escolares latinoamericanos, que la despeje de oropeles, rencillas y rivalidades y presente a la juventud del continente la auténtica comunidad espiritual de nuestros pueblos y la identidad de anhelos, propósitos, intereses y comunes objetivos nacionales.

Es necesario precisar que la sociedad latinoamericana se fundamenta en un acervo de ideas, sentimientos y compartidas vivencias. Los países latinoamericanos deben llegar al mundo del conocimiento imbuidos de ese ideario y esas aspiraciones. También es bueno recordar que no habrá tampoco integración sin la cultura y sin las ideas. La comunidad económica que hace comprensible la realidad del mundo, requiere igualmente, para que se institucionalice, circulación libre de ideas, de libros, de música, de plástica como parte esencial de la unidad espiritual, que impone contacto e intercambio entre sociedades y coordinación entre países.

Las contradicciones en el seno de cada país y las negaciones recíprocas en el conjunto general, nos han desviado del rumbo una y otra vez. Un concepto cantonal del nacionalismo ha sido causa (una y otra vez) de estas frustraciones. Nuestro destino ha sido visto con estrechez mental y con renuncia a la perspectiva global de la comunidad latinoamericana.

Razón que lleva a pensar que reuniones como esta, donde se encuentran hombres que son valores prestantes de la cultura continental, deben servir para llevar el pensamiento latinoamericano a una posición abierta, frente al aldeanismo intelectual y el parroquialismo conceptual.

En las horas más lúgubres de nuestro extravío histórico se acumuló agrio encono, traducido en querellas y en agravios estériles siempre. Aquéllas y éstos tratan aún de abondar nuestras divisiones a favor de siniestros intereses externos, todos opuestos a la integración latinoamericana.

Es la hora del hacer latinoamericano. Hay que ir a la franqueza abierta, plasmando la armonía de la acción con los ideales, si de veras no queremos prorrogar el engaño de una mera simulación de comunidad, ni robustecer por más tiempo los egoísmos excluyentes. Es la hora de saltar sobre criterios mezquinos, sobre una concepción nacionalista miope, que erige alambradas de púas en nuestras fronteras para hacer en cambio real demostración de madurez y

perspicacia que abra horizontes y caminos realistas al nacionalismo latinoamericano.

Necesitamos desautorizar falsas creencias históricas que traban sin razón válida nuestra aproximación y cercenan las posibilidades de una racional audacia. Hemos de hacer factibles las iniciativas prometedoras de conglomerados jóvenes, archivando muchas rutinas y erradicando las nefastas tradiciones de antagonismos y recelos entre pueblos hermanos.

Debemos comenzar por reconocer sin ambages ni excusas que la América Latina no ha encontrado aún su camino. La actual coyuntura universal nos impone a todos asumir mayores responsabilidades. Un persistente proceso de frustraciones, que después del éxito común de la independencia política amenaza hacerse crónico, nos señala imperiosamente la necesidad de tomar decisiones que nos lleven a la unidad, a la cohesión para la acción y a la solidaridad integral.

La complejidad de nuestro presente no debe ser pretexto para el pesimismo. Nadie puede negar que se abre cauce en la conciencia latinoamericana la idea de la integración. Se mueve y camina con la gente y con los pueblos, y va tomando cuerpo, la convicción de que la existencia misma de nuestras patrias se vincula indisolublemente con la fuerza, el vigor que sepa sumar la comunidad latinoamericana. Aun cuando profundamente sacude al continente esa contradicción esencial en la vida latinoamericana, de su tradicional incapacidad para dar plena vigencia al Estado democrático. Tan larga como nuestra existencia republicana es la lucha por la libertad que en cada uno de nuestros pueblos y en todas las horas de su historia ha encontrado abanderados, teóricos, combatientes y mártires.

¿Ha de gestarse el proceso de desarrollo de la América Latina y su integración, dentro de regímenes dictatoriales? Sabemos que el tema es delicado, de difícil consideración, sobre todo si se trata del Jefe del Estado de una República Latinoamericana. Pero esta interrogante no puede eludirse si se quiere sincera y francamente disipar erróneas interpretaciones sobre América Latina y mentirosas explicaciones sobre nuestro devenir histórico.

La mayoría de nuestros pueblos están dirigidos por Gobiernos que no son producto de la consulta a la voluntad nacional. Ha surgido como nueva teoría política la del Gobierno de las Fuerzas Armadas, que se nos presenta como alternativa válida para lograr los objetivos de progreso y bienestar que aparentemente no se obtiene por la vía de los Gobiernos elegidos mediante el sufragio universal.

No es un hecho insólito en nuestra América la presencia militar en la conducción de sus gobiernos. Por el contrario, ha sido casi una constante histórica y hasta se ha pretendido construir una pseudo teoría de acuerdo con la cual los latinoamericanos no seríamos aptos para ser gobernados democráticamente.

Pero otra simpleza como esa, sería atribuir a la ambición de algunos militares latinoamericanos la recurrencia de los gobiernos autoritarios. La comprensión de nuestro proceso histórico compromete el análisis y la reflexión de los intelectuales de América para disipar el facilismo y la superficialidad en la expli-

cación de los repetidos fracasos institucionales de la democracia representativa, y resolver así el sostenido antagonismo entre la sociedad que es la América Latina y la que quiere ser.

¿Hasta dónde la presencia norteamericana ha influido esta realidad? Porque otro lugar común es trasladar nuestros errores y omisiones, la frustración latinoamericana, a las agresiones, culpas o acciones de los Estados Unidos en el Hemisferio. Proclamar su inocencia sería traición imperdonable y mentirosa afirmación. Aceptarla como responsable absoluta de la realidad latinoamericana sería afirmar peligroso sentimiento de inferioridad y desvirtuar el proceso de rectificación que debe presidir una verdadera interpretación de América Latina que nos lleve a percibir la identidad con nuestro destino. El imperialismo del Norte llegó después de que la América mestiza había torcido su rumbo por los tremedales de la aventura y caudillismo. Bucear en la entraña latinoamericana, descubrir las propias culpas, despojar el pensamiento de las amarguras del fracaso, permitirá el claro discernir de la verdad histórica para salir al encuentro de la conciencia auténtica de la Nación latinoamericana que ha de recuperar fe y ahondar en la complejidad del gran destino por forjar del pueblo latinoamericano.

La mitología continental se nutre abundantemente de complacientes excusas para justificar una falsa imagen del pueblo latinoamericano y desviar la culpabilidad de las clases dirigentes, entre ellos, desde luego, de los intelectuales.

Respetuoso como debo ser frente a naciones amigas y comprometido por la Magistratura que ostento a no interferir ni en alguna forma intervenir en asuntos internos, no me propongo ni intento examen crítico ni de ninguna naturaleza sobre Gobiernos de alguna o algunas naciones latinoamericanas. Pero sí creo obligante frente a esta calificada representación de la inteligencia latinoamericana, convocar la reflexión para el análisis conveniente de esta circunstancia histórica, que implica la búsqueda de una definición orientadora del destino latinoamericano.

En cuanto a Venezuela se refiere, el Preámbulo de nuestra Constitución nos manda a:

“Sustentar el orden democrático como único e irrenunciable medio de asegurar los derechos y la dignidad de los ciudadanos, y favorecer pacíficamente su extensión a todos los pueblos de la tierra”.

Las exigencias de nuestro auténtico destino histórico impone en este momento el análisis sobre los ideales que han de orientar los rumbos de la vida latinoamericana, si la democracia es una ilusión óptica que distorsione la forma de vida que quiere y desea el hombre latinoamericano, o si por el contrario, es la dictadura la que adultera y obstaculiza el progreso y la búsqueda de su identidad por la América Latina.

Se discute sobre el fracaso de la democracia representativa y se presenta como salida nueva y revolucionaria la del caudillismo, que no es nueva ni revolucionaria y mucho menos novedosa. La ardorosa controversia divide a nuestros intelectuales que se empeñan en distinguir autoritarismos progresistas y reaccio-

rios. Y las dictaduras ahora se clasifican entre dictaduras de izquierda y dictaduras de derecha, aun cuando sea difícil diferenciarlas para quienes sentimos que más allá de acciones políticas y económicas o de hechos circunstanciales, debe privar el valor del hombre y de la dignidad humana dentro de nuestra sociedad para calificar la voluntad progresista de los regímenes políticos.

Este Seminario debe sentar bases de firmeza histórica y conceptual, definiendo un pensamiento inequívoco, valiente, que sin cobardonas o interesadas ambigüedades fundamente y motorice la voluntad democrática de nuestros pueblos, para forjar la verdadera comunidad latinoamericana. No se trata de abrir brechas al pluralismo dentro del cual se mueven hoy las relaciones internacionales en la América Latina. Tampoco de propiciar estéril polémica sobre gobiernos o gobernantes latinoamericanos. Vamos al encuentro de América Latina como conciencia y nación.

Vive América Latina una realidad que debemos entender si bien no resignarnos ante ella; y desenvolver sin violencia las ideas que vayan creando la conciencia de una evolución común que nos lleve a la confluencia del camino democrático de un cercano día.

Actualicemos, pongamos en presente dinámico cuanto de positivo se ha expresado en el Continente para la gran empresa de la unión; estructuraremos en un todo coherente, y al día, el espíritu que requiere esa gran tarea que a todos nos obliga.

Los lineamientos de este encuentro, mucho prometen. De lo específico del hombre latinoamericano, el propósito de integración de la cultura de América Latina, el conocimiento económico de nuestro continente, su ubicación en el mundo, las perspectivas del cambio tecnológico, todo esto, que aquí se ha de estudiar, confluye al gran capítulo del temario que plantea "la posibilidad de un nacionalismo latinoamericano".

Nos correspondió a los venezolanos, por circunstancia que registra la historia, papel significativo en la configuración de una primera teoría para la unidad latinoamericana. En la mente de Francisco de Miranda fue donde el pensamiento, que era común a no pocos de sus más esclarecidos contemporáneos, reveló más hondura y mayor desarrollo hasta hacerse incommovible convicción. Simón Bolívar tomó de Miranda un encargo y una herencia que incluye trabajos, sacrificios y esfuerzos por la solidaridad efectiva de nuestros pueblos. Bolívar avanza a pie firme en este rumbo. Emprende la defensa de la unidad venezolana amenazada por la disgregación caudillista; promueve la creación de la Gran Colombia, y concibiendo un orden universal, proyecta la empresa de la libertad para todo el Hemisferio. Auspicia la primera Asamblea con la totalidad de todas nuestras naciones de lenguas romances y de intereses afines. Panamá fue su sueño; punto de llegada y punto de partida.

Miranda, Bolívar, Bello, Rodríguez y Sucre entendieron su responsabilidad, sintieron a América Latina. Supieron con absoluta claridad que empezando por cualquiera de las patrias se servía a las otras. Ellos se entregaron a la patria

continental, superando voluntariamente el criterio egoísta que hubiera podido reclamarles una entrega exclusiva al estricto suelo natal. El pueblo de Venezuela sintió, entendió y defendió la integración americana de modo efectivo y concluyente. Así pensaron también los Libertadores de las otras patrias latinoamericanas. Buscamos ahora, siglo y medio más tarde, identificarnos con el destino original y eterno de nuestro ser latinoamericano.

Ante intelectuales de América Latina, representantes de patrias animadas de ideales comunes, tengo la satisfacción de evocar que Venezuela surgió a la escena con metas muy claras, constantes, en su primera Ley Fundamental. Así puede verse que en esa primera Constitución del continente latinoamericano, en el epílogo, expresa solemnemente la Carta Fundamental de 1811, que podrá ser objeto de revisión y ajuste o modificación, cuando la totalidad o algunos de los pueblos del continente quieran reunirse con el nuestro en un cuerpo nacional.

La historia de todas nuestras patrias nos confirma y reafirma en la conclusión de que no podemos desarrollarnos ni avanzar sino uniéndonos. No nos puede ser indiferente, a cada uno en particular, la suerte de todos y de cada uno de los otros.

A estas sinceras convicciones de solidaridad, de integración, se ajusta la doctrina y la acción del Gobierno que presido. En distintos lugares del continente, mi palabra ha sido siempre la misma. Si en la Paz he hablado, refiriéndome a la independencia, de que la empresa era la libertad, el objetivo la revolución integral, plena, sincera y coherente, orgánica en su plural unidad; y de que era la integración la meta, celebrando como triunfo integracionista la aprobación en Panamá, por la unanimidad de los países, del Sistema Económico Latinoamericano SELA, que contribuirá a agilizar el proceso del Pacto Andino y abrir nuevas perspectivas a la ALALC; aquí subrayé, en mi Mensaje al Congreso el año pasado que he dedicado todo el esfuerzo central a la unidad de la América Latina y a la integración para fortalecer los vínculos y nexos de la comunidad latinoamericana.

Advertí también de cómo es importante señalar que Venezuela planteó su aspiración a la integración latinoamericana mucho antes de ser país petrolero.

Estoy convencido de que la presencia de América Latina en el mundo adquirirá fuerza y significación en la medida en que nuestros países desarrollen audaces iniciativas de cooperación e integración. Al terminar, hace poco, mi segundo año de Gobierno, repetí a los Congresantes: Venezuela es un país con vocación integracionista. Simón Bolívar concibió la integración como un hecho histórico esencial, inherente a la comunidad latinoamericana.

Ante Ustedes reafirmo que la democracia venezolana desde su implantación en 1958, ha sido sinceramente fiel a este ideario. Rindo tributo de aprecio por la continuidad en esa línea, a todos mis ilustres antecesores en la Jefatura del Estado, durante este tiempo esclarecido y de permanente coherencia internacional. Y espero que haya de proseguirse en lo venidero, este desvelo con que sirvo a los intereses legítimos de Venezuela, que son los de América Latina.

Mi Gobierno ratifica ante América el régimen de absoluta libertad que auspi-

## ESTUDIOS INTERNACIONALES

cia. La inteligencia latinoamericana que Ustedes representan, es bienvenida. El objetivo de las liberaciones es noble, amplio pero muy complejo. El éxito, estoy seguro, habrá de coronar este esfuerzo definidor. América Latina, conciencia y nación, emergerá acrisolada de la limpia y lúcida preocupación de Ustedes.

En el largo camino de América Latina para la identificación con su destino, este Seminario que tengo el honor de declarar instalado, constituirá un hito efectivamente fecundo.